

Historia de la literatura española

7. Derrota y restitución de la modernidad

1939-2010

Jordi Gracia
Domingo Ródenas



CRÍTICA

Historia
de la literatura
española

7. Derrota y restitución
de la modernidad

1939-2010

Jordi Gracia y Domingo Ródenas



HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

Dirigida por JOSÉ-CARLOS MAINER

Coordinada por GONZALO PONTÓN

- | | |
|--|---|
| 1. Edad Media
Juan Manuel Cacho Bleuca
María Jesús Lacarra | 6. Modernidad y nacionalismo
1900-1939
José-Carlos Mainer |
| 2. Siglo XVI
Bienvenido Morros | 7. Derrota y restitución de la modernidad
1939-2010
Jordi Gracia
Domingo Ródenas de Moya |
| 3. El siglo del arte nuevo
1598-1691
Pedro Ruiz Pérez | 8. Historia de las ideas
literarias en España
José María Pozuelo Yvancos (dir.) |
| 4. Siglo XVIII
María Dolores Albiac | 9. El lugar de la
literatura española
Fernando Cabo Aseguinolaza |
| 5. Hacia una literatura nacional
1800-1900
Cecilio Alonso | |

Primera edición: marzo de 2011

Primera edición en esta nueva presentación: noviembre de 2024

Derrota y restitución de la modernidad. 1939-2010

Jordi Gracia y Domingo Ródenas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Jordi Gracia y Domingo Ródenas, 2011

© José Carlos Mainer, por el prólogo, la introducción y las notas, 2011

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-617-0 Depósito

legal: B. 15.910-2024 Impresión y

encuadernación: Egedsa *Printed in*

Spain - Impreso en España



I

BAJO EL PLOMO DE LA POSGUERRA

LA CONTINUIDAD ASIMÉTRICA

Contar la vida de las letras desde los años cuarenta es contar con la guerra como fenómeno crucial de una nueva realidad política y sociocultural en sentido absoluto. Demasiadas circunstancias nuevas se entrecruzan desde la derrota de abril de 1939 como para mantener la ilusión de un relato atento únicamente a los fenómenos literarios. La tentación de uniformizar esa vida literaria la hemos desechado hace ya mucho tiempo. La victoria fueron muchas victorias, como los modos de vivir la derrota fueron múltiples, casi tanto como las vivencias del exilio. La pluralidad de opciones estéticas y literarias que hallaremos en las dos primeras décadas de la posguerra en España se adaptaron por convicción, por conveniencia o por necesidad a las nuevas condiciones políticas e ideológicas. La asfixiante coacción del fascismo nacionalcatólico redujo al mínimo los márgenes de actuación pública porque estuvieron estrechamente vigilados y regulados por un fortísimo aparato de control ideológico ejecutado (y avalado) desde los medios culturales, académicos y periodísticos. No fueron condiciones de trabajo óptimas para la creación literaria o el desarrollo pleno de una vida intelectual. Pero fueron las condiciones en las que creció la nueva vida literaria desde 1939.

La guerra no terminó el 1 de abril de 1939 pese a que ese día Franco firmó su último parte de guerra ni su devastación fue cosa fácil de reparar porque en el fondo fue intrínsecamente irreparable. De hecho, la guerra no pudo ser tema de la literatura de calidad del interior, porque ni siquiera entre los vencedores fue posible un tratamiento algo menos ramplón que la pura pornografía ideológica. La construcción mítica fue hegemónica, simple y profundamente perturbadora: la figura de Franco aparecía como salvadora de la quiebra de España a manos de una República en-

tregada a la horda comunista teledirigida desde Moscú y sometida a la secularización atea, además de rota por las tensiones separatistas que animaron los tres estatutos de autonomía que la República sancionó, primero para Cataluña en 1932 y después, con la guerra empezada, para el País Vasco y Galicia.

Ésa fue la versión en la que crecieron los más jóvenes de la posguerra, los niños de la guerra, y es lo que se repitió incansablemente en cada fecha de la liturgia franquista: 18 de julio, 20 de noviembre, 1 de abril, 12 de octubre, etc., a través de múltiples artículos, editoriales de periódico, mensajes radiofónicos y propaganda impresa (a menudo en textos difundidos desde el Ministerio de Información y publicados forzosamente por los periódicos públicos y privados). El «Caudillo por la gracia de Dios» que se acuñó en las monedas medía la intervención providencial de Franco y restituía los patrones morales del viejo tradicionalismo ligado desde siempre a la Iglesia católica y a una idea dogmática de la Hispanidad. «Por el Imperio hacia Dios» sería otro de los lemas acuñados en las monedas del nuevo poder y ratificaba esa ilusa voluntad de expansión imperial que anida en los fascismos de los años treinta, y también en el falangismo español.

Los dos bandos habían dedicado considerables esfuerzos a construir los equipos intelectuales de propaganda durante la guerra pero la mayoría de los escritores de primer nivel se mantuvieron fieles a la República. Ni el fascismo ni la bandería política del catolicismo habían captado en los años treinta las simpatías de los grandes: Unamuno rectificó su inicial adhesión al golpe de estado en un valiente enfrentamiento con el general Millán Astray en el paraninfo de la Universidad de Salamanca en octubre de 1936 (y hasta su muerte el 31 de diciembre estuvo confinado en su domicilio); Ortega había analizado con lucidez el fenómeno fascista sin ceder a su vértigo; Juan Ramón Jiménez lo había despreciado sin remilgos, al igual que Antonio Machado; Valle Inclán había estado cerca de la izquierda revolucionaria y no llegó a vivir una sublevación que hubiese repudiado (murió en enero de 1936). Pío Baroja había expuesto con su habitual vaguedad su disposición autoritaria (aunque no particularmente fascista); Azorín mostró su querencia por la protección del poder contra los riesgos y los vientos de la vida política, como había hecho desde los años veinte, y desde los años veinte las tentaciones autoritarias de Eugenio d'Ors hacen explicable su inmediata integración como líder ideológico de la Falange en guerra.

Dos nombres mayores más de la cultura de la Edad de Plata, el médico y ensayista Gregorio Marañón y Ramón Menéndez Pidal, fundador del Centro de Estudios Históricos y presidente de la Real Academia Española, decidieron en los últimos días de 1936 (y ambos con hijos en el frente en el bando sublevado) la incorporación al bando franquista a través de la salida de España. Lo mismo habían hecho algunos otros, refugiados en París, como Baroja y Azorín, o en Buenos Aires, como hizo Ortega. Fue propiamente una huida de la guerra para expresar públicamente (en el caso de Azorín, Pérez de Ayala o Marañón) y en la reserva epistolar, en el caso de Ortega, su elección del mal menor en el bando franquista, con plena conciencia de la escasa simpatía que la trayectoria netamente liberal de todos ellos había de despertar en el franquismo duro. De ahí los esfuerzos de los equipos de propaganda por favorecer la redacción de artículos en favor de Franco por parte de Azorín y Baroja.

Pero la dimensión ideológica de la vida intelectual no es suficiente para entender el papel que escogieron desempeñar los escritores durante la guerra. Mientras intelectuales prototípicamente liberales, pero de escasa sensibilidad democrática, como Baroja, Azorín, Ortega, Pérez de Ayala o Marañón identificaron en el franquismo la garantía de continuidad del orden burgués frente al temor a una revolución anarquista o comunista, otros intelectuales de primer nivel mantuvieron la lucidez más fríamente, o se sintieron menos intimidados por la incertidumbre, y optaron por el respeto a la legalidad republicana, incluidos algunos liberales como Clara Campoamor. Su testimonio en 1937 *La revolución española vista por una republicana* es un documento excepcional en torno al desacuerdo de una liberal sobre las decisiones de otros intelectuales de su misma cuerda. Como ella misma, se exiliaron tempranamente, incluso por recomendación gubernamental, autores como Juan Ramón Jiménez, Américo Castro o Pedro Salinas, o bien permanecieron en tareas de apoyo a la República a través de algunas revistas capitales para la agitación de la propaganda republicana en guerra, y en primer lugar Antonio Machado. *El Mono Azul* fue una de ellas, fundada por la Agrupación de Intelectuales Antifascistas, con José Bergamín y la pareja Rafael Alberti y María Teresa León al frente, como lo fue desde diciembre de 1936 la mejor revista cultural que dio la guerra, *Hora de España*, fundada por los jóvenes Ramón Gaya, Rafael Dieste, María Zambrano, Juan Gil-Albert o Antonio Sánchez Barbudo, pero sostenida por el aval de una extraordinaria nómina de creadores, ensayistas, novelistas y poetas que agruparon lo

mejor de la vida intelectual anterior. Figuraron desde los viejos poetas como Machado a los nuevos como Luis Cernuda, Vicente Aleixandre y ensayistas como José Bergamín, narradores como Benjamín Jarnés, pensadores como Juan David García Bacca o José Gaos, que era por entonces rector de la Universidad Central de Madrid, mientras Barcelona mantenía la aparición regular del periódico *La Vanguardia*. En ella fue cifrándose la última contribución de Machado al *Juan de Mairena* y aparecieron los artículos de escritores de la talla de Corpus Barga, Mario Verdaguer o Benjamín Jarnés... hasta que hubieron de exiliarse todos ellos tras la caída de Barcelona el 26 de enero de 1939. A menudo los relatos breves o partes de novelas en marcha aparecieron también en ese mismo formato de revista y ya no pudieron aparecer en España hasta muchos años después, como sucedió con las narraciones de Arturo Barea, Chaves Nogales o de Esteban Salazar Chapela o los poemas que escribió Cernuda con destino a un gran libro ya del exilio, *Las nubes*.

Las simpatías internacionales se repartieron también asimétricamente, y fueron importantes en la construcción mítica de la excepción española en los años futuros. La sublevación tuvo de su parte a fascistas italianos tan notorios como Curzio Malaparte o el poeta católico francés Paul Claudel o los fascistas confesos Robert Brasillach, Drieu de la Rochelle, el poeta irlandés Roy Campbell, el novelista británico Chesterton y hasta George Bernanos, que se movió entonces en círculos de la extrema derecha. Por lo demás, en París funcionó una oficina del bando franquista financiada por Francsec Cambó destinada a las tareas de propaganda a través de la editorial y los cuarenta números editados de la revista *Occident* entre 1937 y 1939 (con dos posteriores en 1940), donde anduvieron como colaboradores anónimos o con seudónimo Josep Pla o el director de la publicación, Joan Estelrich.

El apoyo que obtuvo la República fue sin embargo más numeroso y el prestigio y el activismo de algunos de esos escritores contribuyeron a aumentar el valor de la causa legal. Las crónicas de guerra de George Orwell, los reportajes y la narrativa de Ernest Hemingway, las fotografías de Robert Capa, los poemas de César Vallejo y Pablo Neruda, de Stephen Spender o de W. H. Auden, las múltiples actividades de André Malraux y la filmación de la película *L'espoir*, con la colaboración de Max Aub, constituyeron algo más que testimonios de apoyo a la República. Encarnaban la defensa de la democracia y la libertad frente al fascismo expansivo de raíz totalitaria que mandaba en la Italia de Musso-

lini y hostigaba a Europa desde el Berlín nazi de Hitler. La manifestación colectiva más importante en defensa de la República fue la celebración en Valencia del II Congreso de Intelectuales Antifascistas de 1937, sin que el bando sublevado pudiese exhibir a cambio más que modestísimas muestras de respaldo: allí reunió una nómina espectacular de escritores en apoyo de la República, desde la juventud del mexicano Octavio Paz hasta el magisterio incontestable en la Europa de los años treinta de Tristan Tzara o Pablo Neruda...

LA HERENCIA DE LA GUERRA

De manera casi unánime la Iglesia católica se decantó por el bando franquista desde el primer momento de la guerra. Había sido instigador político de la sublevación y fue el bastión más importante del control cultural y educativo tanto de la prensa como del teatro, el cine o la literatura en los años siguientes. En el reparto de poder de las familias del franquismo la Iglesia fue el sector más incombustible y resistente, sobre todo tras la derrota en la segunda guerra mundial de los fascismos de los años treinta, excepto en España y Portugal. La Iglesia ejerció de fuente *sagrada* de legitimación del franquismo y ésa es una de las patas cruciales de la versión española del fascismo europeo.

La fuerte impronta social del catolicismo en España, hasta hoy mismo, ha tendido a rebajar o incluso a disculpar lo que en realidad fue un ejercicio de poder despótico e inmisericorde. La Iglesia no se ocupó de los vencidos excepto para perseguirlos o vejarlos, y detentó con impunidad su poder hasta ámbitos muy alejados de la jurisdicción religiosa. Su control sobre la vida pública y privada de los ciudadanos empezaba en la primera escolarización y culminaba con la alta investigación, con una presión ideológica abrumadora, a menudo inesquivable, sobre todo en localidades y pueblos pequeños. Sin embargo, nada de eso hizo particularmente rico el pensamiento católico, aunque las posiciones más reaccionarias hubieron de convivir desde los años cincuenta con nuevas modulaciones más dialogantes nacidas de la resaca de la posguerra. Durante mucho tiempo, sin embargo, amputó gravemente la posibilidad de alguna forma de sintonía con las corrientes renovadoras del pensamiento europeo, en particular el existencialismo, que nunca fue influyente en la vida intelectual española. En la literatura sucedió algo semejante: una

sociedad tan enfermizamente vigilada por predicadores, amonestadores y periodistas obedientes a la jerarquía católica no fue capaz de engendrar una literatura de signo religioso equiparable a la de otros países. Incluso autores incontestables de la modernidad española como Unamuno fueron incluidos en el índice de libros prohibidos del Vaticano.

Los procesos de depuración tras la guerra descabezaron a la universidad pero no la dejaron vacía: la ocupación programática de cátedras por muerte, exilio o, muy a menudo, por sangrantes procesos de depuración política de sus titulares fue una parte central del proyecto de reparación del orden roto, no en 1936 sino en 1931. Las fuerzas vinculadas a las asociaciones políticas de carácter católico, Acción Española, la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y enseguida el Opus Dei, invadieron la universidad con el fin de recuperar el terreno perdido. Y desde luego el mérito de guerra y la filiación falangista fueron poderes de naturaleza académica mucho más decisivos que la competencia o la solvencia intelectual. El objetivo básico fue erradicar la herencia de la Institución Libre de Enseñanza y el laicismo como lacras de la sociedad española. Muchos de los depurados hubieron de pasar a la actividad privada —Carles Riba, Jordi Rubió o Joan Petit— o inventar seudónimos de urgencia —Leopoldo de Luis, Jorge Campos, Ramón de Garciasol, José Domingo— que permitiesen alguna forma de subsistencia laboral, y numerosos periodistas dejaron de serlo como Mario Verdaguer o Agustí Calvet, *Gaziel*, que habían sido puntales de *La Vanguardia*. El ensañamiento contra los maestros de enseñanza primaria y el asesinato tempranísimo de tantos en la guerra ha seguido siendo una de las ferocidades mayores de la guerra, pero también de las más reveladoras sobre los propósitos del nuevo Estado.

La construcción del discurso nacionalcatólico necesitó demonizar el pensamiento contemporáneo —Ortega, Machado, Unamuno— con la obsesiva acusación de anti-España que recibieron los profesores exiliados y tantos de quienes fueron depurados o apartados de sus cátedras por tiempos a menudo indefinidos. Lo que Pedro Laín llamó tardíamente el «atroz desmoche» de la universidad contó con la enérgica implicación de los sectores más reaccionarios e integristas dispuestos a restituir el pensamiento de Menéndez Pelayo, y en general del tradicionalismo español, amparados por el propagandista Ibáñez Martín desde el Ministerio de Educación Nacional (que así se llamará en la posguerra) primero y desde el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) tras 1951. La

verdadera España debía nacer del exterminio y aniquilación del enemigo: el asalto al poder debía de ser total no sólo para los falangistas de fe totalitaria sino también para los católicos fascistizados de Acción Católica. La España anterior a la guerra, proclamaba entonces José María Pemán, «no era la España auténtica, era un ejército invasor que había acampado en nuestros órganos de vida oficial» y exigía una depuración que garantizase que «no se volverá a tolerar, ni menos a proteger y subvencionar, a los envenenadores del alma popular, primeros y mayores responsables de todos los crímenes y destrucciones», como ha recordado Santos Juliá. Desde 1945 no hubo ya otro rasgo identitario y mítico más primordial que la asociación entre la fe católica y la contingencia de ser español. Era la turbia base teórica del nacionalcatolicismo que había ganado la Cruzada, como se apresuró a llamar a la guerra el obispo Pla y Deniel tan temprano como en septiembre de 1939.

El tenso reparto de poder entre falangistas e integristas dispuso un mapa relativamente claro por lo que hace a las grandes instituciones culturales y educativas. El ámbito de la prensa y la propaganda cayó en el radio de influencia falangista, como había sucedido en la guerra, además de controlar el laboratorio ideológico que fue el Instituto de Estudios Políticos o un organismo como Editora Nacional, también desde Burgos. Por el otro lado, la enseñanza en todos sus niveles y la investigación estuvieron colonizados tanto por el integrismo de Acción Española como del Opus Dei, bajo cuya inspiración nació el CSIC. Creció como un calco invertido de la Junta de Ampliación de Estudios y se convirtió en un potente foco de influencia ideológica que rivalizó con el sector falangista muy pronto y acabó ganando, como veremos más adelante.

EL REPARTO DE LA PRENSA Y LA CENSURA

Los ritos de las victorias suelen repetirse en todas partes, y la España de la posguerra fue intensamente ritual. Los intelectuales aliados a la sublevación franquista actuaron como fuerzas de ocupación del territorio gradualmente conquistado, sobre todo en 1939, cuando Barcelona caía en enero y cuando Madrid se ocupaba en marzo de ese mismo año. Las incautaciones de los talleres y las redacciones, los radios y las instituciones que habían subsistido hasta el final en manos republicanas fue sistemática. Pasaron a manos de Falange, de quien dependió la Cadena de Prensa

del Movimiento con casi medio centenar de diarios en toda España, además de otras publicaciones periódicas. *Arriba* había sido el semanario de Falange antes de la guerra y se refundó en 1939 en Madrid como principal portavoz del falangismo ideológico, sobre todo en la inmediata posguerra, aunque no perdió influencia ni peso político en los años posteriores, mientras compartía espacio público con otros periódicos del Movimiento como *Pueblo*. Desde 1940 fue el diario oficial de la Delegación Nacional de Sindicatos y en 1952 cobró un importante impulso bajo la dirección de Emilio Romero, que estuvo al frente durante 20 años. La ocupación de Barcelona procedió también a la incautación de los talleres y oficinas del periódico anarcosindicalista *Solidaridad Obrera*, que a las tres semanas se había transformado en la falangista *Solidaridad nacional*, dirigida desde 1939 por el escritor Luys Santa Marina, además del vespertino *La Prensa*. Con las tropas que llegaban a Barcelona venían Manuel Aznar y José Pla para hacerse cargo de *La Vanguardia*, aunque el director impuesto desde el gobierno —en uso de la facultad que la legislación nueva permitía— fue durante casi veinte años un rendido devoto de Franco como Luis de Galinsoga.

La familia Luca de Tena era la propietaria del diario *ABC* pero tras la sublevación la edición de Madrid —que dirigía el mismo Galinsoga— quedó en manos del poder republicano frente a la edición de Sevilla (fundada en 1924). Fue durante muchos años el diario de referencia del monarquismo conservador y católico, vinculado con el consejo privado de don Juan de Borbón en el exilio. El perfil confesional y conservador fue la marca del diario *Ya*, sucesor natural de *El Debate*, principal diario católico conservador antes de la guerra, y portavoz de la activa e influyente Asociación Nacional de Propagandistas Católicos, sobre todo tras la derrota nazi-fascista de 1945. Bajo la inspiración de Ángel Herrera, su poder creció decisivamente en los gabinetes de Franco, con varios de sus ministros como miembros activos de la Asociación, como Alberto Martín Artajo, Fernando María Castiella o el ministro de Educación que propiciará una inflexión importante en los años cincuenta, Joaquín Ruiz-Giménez.

La censura fue el instrumento más coactivo de vigilancia ideológica aunque era sólo parte de un sistema integral de estrangulamiento de la libertad. La discrepancia potencial quedó neutralizada antes de llegar a imprimirse o a difundirse y el efecto inmediato fue un aprendizaje crucial en la España de la posguerra: la autocensura como método de escritura y

el doble sentido como cauce de opinión durante muchos años. La libertad de creación interiorizó muy pronto los espacios intocables de la vida de la posguerra: el erotismo o la vida sexual de los personajes desapareció de las novelas, el ateísmo o la duda franca de fe desapareció del mapa de la conciencia de los españoles, la crítica al poder se convirtió en una rareza reservada sólo a los netamente adictos y bien protegidos desde el punto de vista personal.

La censura de prensa se había legislado, con carácter provisional, a través de un decreto dictado en Burgos en 1938 pero la vigencia de esa ley iba a durar hasta 1966, cuando las condiciones sociales y políticas de España eran ya muy diferentes. El texto firmado por Serrano Súñer estuvo concebido en condiciones de guerra y no disfracaba su naturaleza totalitaria ni su eliminación radical de la libertad de información porque «incumbe al Estado la organización, vigilancia y control de la institución nacional de la prensa periódica». El articulado legal especificaba que el Estado determina «el número y la extensión de las publicaciones periódicas», participa en la designación de los directores, regula la condición de periodista (para la que haría falta un carnet oficial) y toda publicación deberá ser aprobada por la censura. Desde diciembre de 1936 estaban prohibidos por ley los libros «pornográficos» y la literatura «socialista, comunista, libertaria y, en general, disolvente». El programa de limpieza incluía la depuración de las bibliotecas —a menudo por la vía salvaje de incendiarlas materialmente— para impedir la «exposición de ideas disolventes, conceptos inmorales, propaganda de doctrinas marxistas y todo cuanto signifique falta de respeto a la dignidad de nuestro glorioso Ejército, atentados a la unidad de la Patria, menosprecio de la Religión Católica y de cuanto se oponga al significado y fines de nuestra gran Cruzada Nacional», de acuerdo con una orden aparecida en *Boletín Oficial del Estado* del bando sublevado el 16 de septiembre de 1937.

Esa tupida red normativa iba a guiar desde entonces los servicios de censura de libros, teatro y cine sin que pueda exagerarse el nivel de la represión. Pero podía haber especificaciones aún más precisas. El director de la sección de censura en 1942, Juan Beneyto, indicaba las normas de «especial vigilancia» para proteger el «sentido unitario en lo militar y lo político» del Alzamiento, o impedir «cuanto pueda resultar molesto a las instituciones militares, civiles, eclesiásticas o políticas». Y más genéricamente todavía el censor debía velar por prohibir «lo que vaya contra el Régimen actual», la «constitución social de unidad del pueblo, de clases y

de tierras» y, desde luego, «cuanto ofenda al dogma y a la moral católicas». Los responsables no siempre fueron funcionarios grises porque entre los censores estuvo un prometedor escritor falangista como Camilo José Cela, un poeta del nuevo poder como Leopoldo Panero, o un ventajista inequívoco como el novelista Darío Fernández Flórez. Una y otra vez se intentó perfeccionar su funcionamiento para mitigar las contradicciones y neutralizar hechos frecuentes como el secuestro de títulos ya visados o la aprobación en segunda consulta de textos que no habían variado nada con respecto a la primera prohibición.

La aparición de revistas de poesía en catalán, como *Ariel* o *Poesia* en los años cuarenta, fue tolerada aunque oficialmente estaban prohibidas, como prohibido estuvo el uso público de cualquier lengua que no fuese el castellano. Pero eso no alteraba la naturaleza clandestina de la literatura catalana o gallega (incluso si se autorizan bajo duras condiciones materiales las actividades de la editorial Selecta de Josep M. Cruzet desde 1947 con la obra de Josep Pla como protagonista). El rasgo más totalitario fue la inconsecuencia y la arbitrariedad como métodos de terror de Estado: la imprevisibilidad de la censura se fundaba a menudo en las prohibiciones ejemplarizantes y en la exhibición de su carácter discrecional. Las contradicciones de sus dictámenes, el aparente carácter caprichoso de sus decisiones, la diversidad de censores pudieron aparentar una permisividad que no fue tal. Autores inequívocamente franquistas en la primera posguerra, como el mismo Cela o Gonzalo Torrente Ballester, o falangistas acérrimos como Rafael García Serrano, vieron secuestradas o censuradas sus obras sin que la evidente integración en el Régimen los blindase contra la intrusión de la Iglesia en el ámbito de la cultura. La pudibundez y la hipocresía, la vigilancia del dogma y de la moral católica más estrecha se convirtieron desde el principio en implacables herramientas de represión de la libertad imaginativa y, por supuesto, ideológica. Los límites fueron infranqueables en las dos primeras décadas para la inmensa mayoría de los autores y medios, pero esos mismos límites fueron flexibles debido a factores coyunturales y a veces sólo a la personalidad del censor (o de según qué autores y editores). Fue fama durante muchos años que el ministro del ramo, Gabriel Arias Salgado, ejercía de censor por el bien del alma de los españoles (en el otro mundo) o que las mujeres de ministros o del propio Franco pusiesen el grito en el cielo ante esta o aquella obra que desaparecería de la circulación de inmediato (pero durante una temporada) (→ 2).

LA NÓMINA DEL ESPANTO

Lo último que quiso hacer el exilio cultural al partir fue deshacerse de su pasado: eso hubiera significado la resignación a una derrota que era injusta y que arrasaba décadas de aproximación a los usos intelectuales y culturales de la Europa contemporánea. Muchos creadores españoles habían realizado el sueño de un internacionalismo moderno y París, Oxford, Berlín o Roma habían formado parte del mapa de ruta de muchos artistas e intelectuales. Europa había vuelto a ser, como en el humanismo renacentista o entre las élites ilustradas del siglo XVIII, una asignatura insustituible en la formación del español culto y de clase media-alta, y también en sentido inverso. La actividad de la Residencia de Estudiantes había atraído a España la presencia de figuras de gran relieve, de la misma manera que las sintonías del surrealismo y las vanguardias españolas con Europa habían facilitado la presencia de creadores de primera fila en España. Las conexiones eran cada vez más naturales y los años treinta difícilmente pueden entenderse sin esa incardinación de la cultura española en la trama de la cultura europea contemporánea.

Desde 1939 las cosas fueron de otro modo y la cultura española vivió dos gravísimas mutilaciones: la primera fue la expatriación forzosa, al principio como refugiados de guerra (que es como se autoidentificaron) de la mayoría de intelectuales republicanos y la segunda fue una mutilación que la cultura española había padecido en muchos otros tramos de su historia, es decir, la frustración de su destino europeo en el ara del tradicionalismo esencialista y católico. España volvía a separarse de la Europa contemporánea y liberal y la victoria aliada de 1945 sólo vino a confirmar lo que era la pulsión proteccionista —autárquica— que anidaba en los sueños del catolicismo integrista y en el nacionalismo hispánico más claustrofóbico. La ecuación conflictiva *modernidad* y *nacionalismo* —que ha vertebrado el tomo anterior de esta *Historia*— perdía su equilibrio fecundo anterior a 1936 para decantarse por una versión muy autista del segundo ingrediente, que se hizo impúdicamente hegemónico y fundado en una noción crudamente ideológica (religiosa) de nación. Un personaje tan notorio en la renovación pedagógica institucionista como Alberto Jiménez Fraud, director y fundador desde 1910 de la Residencia de Estudiantes, fallecía exiliado en Ginebra en 1964, pero quiso contar el avatar de la universidad española en dos libros, uno remitido a la etapa renacentista, *Selección y reforma* (1944) y el otro sobre la moderna, *Ocaso y*

restauración (1948), que alcanzaba hasta la fundación de la Residencia. Había sido profesor en Oxford, y mantuvo la relación con otro hombre central del sistema anterior a la guerra, José Castillejo, secretario a su vez de la Junta de Ampliación de Estudios, y autor de un templado análisis del enfrentamiento de los dos totalitarismos en los años treinta. Se editó tan tarde como en 2008, *Democracias destronadas*. Otro ensayo del pedagogo, fallecido en 1945, ratificó el ideario de reforma centrado en el valor de la escuela, y lo escribió ya en el exilio con el título *Education and Revolution in Spain* (1938) pero sólo se traduciría en 1976 y con el título *Guererra de ideas en España* (reeditado en 2009).

La inmensa mayoría de los intelectuales y escritores exiliados expresaron públicamente su compromiso con la República. El regreso o la permanencia en España tras la caída de Madrid hubiesen significado gravísimas penas de cárcel, inhabilitaciones por largos periodos (a menudo a perpetuidad), como las que se resolvieron en los procesos de depuración desde 1939 que pretendían —como documenta Jaime Claret— «liquidar las culpas [...] contraídas por quienes contribuyeron con actos u omisiones graves a forjar la subversión roja, a mantenerla viva durante dos años y a entorpecer el triunfo, providencial e históricamente ineludible, del Movimiento Nacional». O sentencias de muerte física, además de civil, inmediatas o dilatadas, como la de Miguel Hernández o la del profesor socialista Julián Besteiro. Los exiliados asumieron la tarea de proteger un pasado inmediato que estaba siendo devastado dentro de España. En Francia, Gran Bretaña, México, Argentina, Chile o Estados Unidos se conjuraron para restablecer la continuidad con el pasado porque ésa parecía la manera más noble y segura de no resignarse a la derrota y de alimentar las esperanzas de futuro. La unidad de acción política del exilio fue durante muchos años un sueño incumplido, aunque a todos les uniese un indeclinable antifranquismo que enseguida mostraba sus distintas sensibilidades (políticas, éticas, literarias). Muchos entendieron pronto que el destierro los libraba de vivir bajo la regresión franquista y les permitía razonar y escribir en libertad, y ésa fue la actitud de Juan Ramón Jiménez o Pedro Salinas, Luis Cernuda, José Gaos o Adolfo Salazar.

Desde el primer instante las revistas fueron los mecanismos de contacto que fraguaron para fortalecer la unidad y el sentido de resistencia contra lo que se estaba destruyendo en España: ni sus noticias sobre el franquismo eran escasas ni les faltaba información, aunque fuera a dis-

tancia, tarde y selectivamente. Pero era suficiente para saber qué hondo destrozo significaba la institucionalización del fascismo y hasta dónde podía ser insensato el regreso a un país que había dejado de ser el propio país. Por eso la imagen que galvanizó al exilio de la primera hora fue la seguridad de que la verdadera España había dejado de residir en la península y hoy era una dispersa diáspora de creadores y profesores refugiados, desterrados, transterrados o, por fin, exiliados, que fue el término que acabó prevaleciendo con los años. Pero cada una de esas expresiones quería designar un talante distinto, y mientras exiliado resultaba en los primeros tiempos exótico, podía no serlo menos la temprana acuñación de José Gaos, transterrados, que parecía mitigar el desgarramiento de la expatriación al asumir una integración fecunda o satisfactoria en otra tierra.

Francia fue el paso obligado para casi todos los republicanos que permanecieron en España hasta el final de la guerra, cuando todavía no había estallado la segunda guerra mundial, en septiembre de 1939. El destino inmediato de muchos fueron los campos de concentración franceses próximos a la frontera pirenaica, como el de Argelès-sur-Mer o Saint-Cyprien que, en condiciones de vida extremas y con la angustia de intentar acogerse a los servicios de protección del refugiado, puso en marcha, fundamentalmente el SERE (Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles). Impulsó las tres primeras expediciones hacia México en los buques *Sinaia*, *Ipanema* y *Mexique*, aunque hubo algunos otros, como el que organizó Pablo Neruda hacia Chile en el *Winnipeg*. En el primero se embarcaron por ejemplo quienes habían estado haciendo *Hora de España*, y enseguida fundarían *Romance* en México en 1940, como Manuel Andújar, Juan Rejano, Pedro Garfias, Ramón Gaya o Adolfo Sánchez Vázquez.

Uno de los periodistas más relevantes de la República, el liberal y azañista Manuel Chaves Nogales, había sido director del diario de mayor tirada entonces, *Ahora*, pero se refugió también en Francia (moriría en Londres en 1944, sin cumplir los cincuenta años). Asistió a las vísperas de la ocupación nazi para contar *La agonía de Francia* en un extraordinario ensayo publicado en Montevideo en 1941 y sólo recuperado en 2010: «yo he visto y he sentido hondamente la amarga decepción de esos cientos de miles de hombres que, perdida su patria por la expansión triunfante de la barbarie totalitaria, llegaban a Francia creyendo encontrar en ella el baluarte de la democracia y la civilización y se encontraban con un na-

zismo vergonzante, larvado, con el cadáver maquillado de una República Democrática en cuyas entrañas podridas germinaría la gusanera del totalitarismo. Francia se ha suicidado». Pero no había un diagnóstico fatal sino la esperanza en una resurrección del ideal ilustrado que Francia seguiría encarnando, como subrayaba en las páginas finales y a pesar de lo que vivieron entonces. Otro de los escritores más respetados hasta la guerra, Benjamín Jarnés, también había seguido la ruta de lo que llamó el «naufragio catalán» hacia Francia. En sus cuadernos personales registraba que Francia era para muchos —en enero de 1939— «un implacable inspector de policía. Prodigia sus negros, sus lindos senegaleses, en torno a estos filósofos, artistas, poetas, que se contemplan unos a otros, azorados, preguntándose si, en efecto, están en Francia». Son los mismos que seguirán viaje en el *Sinaia*, «hombres desconcertados, desconectados, distantes de sus viejos organismos, de sus antiguas máquinas», cuando «unos campesinos se convierten en pinches de cocina, en mozos de comedor, en ayudas de cámara. Dos profesores de universidad se convierten en camareros de sí mismos. Unos tenderos se convierten en señores del buque. Unos limpiadores se convierten en escritores, en compositores, en artistas. Este artista, este ingeniero, este filósofo, mendiga un poco de lamentable condumio, todos sentados alrededor de algunas mesas sobre las que relucen platos y vasos de hojalata abollada y oxidada».

La emigración y el exilio a Estados Unidos fue muy común en la Europa trastornada de los años treinta, y no sólo entre los judíos. Allí estaban mucho antes de 1936 destacados hispanistas como Federico de Onís o Ángel del Río, y allí fueron a parar, casi siempre tras otros destinos provisionales, un puñado significativo de intelectuales como Américo Castro (que se instaló en Princeton desde 1941, y favoreció la lenta acogida de otros colegas), como Ramón J. Sender, como Pedro Salinas o Jorge Guillén, y allí acabarían acudiendo otros profesores activos también antes de la guerra como Vicente Llorens (antes de pasar por la República Dominicana, como contó en *Memorias de una emigración*, tras recalar brevemente en Puerto Rico y llegar por fin a Baltimore), Francisco Ayala (tras un paso previo por Chile y Buenos Aires), Arturo Serrano Plaia desde 1961 (tras muchos años en Argentina y Francia) o Antonio Sánchez Barbudo, pero también José Fernández Montesinos, Ramón Iglesia o Francisco García Lorca.

La actividad creativa de César M. Arconada fue escasa en su exilio en

la URSS pero se encargó de la edición española de la revista *Literatura internacional* (falleció en 1964 en Moscú). Rosa Chacel vivió años duros en Río de Janeiro y también en Buenos Aires. Y antes de recalar en México, Pedro Garfias vivió un tiempo en Inglaterra, mientras Luis Cernuda fue allí profesor durante varios años en una fecunda etapa literaria que lo llevó sin embargo a vivir sus últimos diez años entre Estados Unidos y México, cerca de Emilio Prados y Manuel Altolaguirre. En Inglaterra murió Esteban Salazar Chapela en 1965 aunque sus múltiples artículos se publicaron en numerosas revistas del exilio y el relato de su peripecia inglesa lo narró en *Perico en Londres* (1947). Allí fue también excelente cronista para la sección hispánica de la BBC Arturo Barea, que publicaría en 1946 *La forja de un rebelde* traducida al inglés por su mujer Ilsa (pero en español en Losada, de Buenos Aires, en 1951). En Londres acababa de empezar sus actividades el Instituto Español creado por la República en el exilio y frecuentado por los exiliados mencionados, además de Rafael Martínez Nadal, íntimo amigo de Cernuda. Esa institución iba a rivalizar con el Instituto de España en Londres que dirigiría en esos mismos años Leopoldo Panero (su mujer Felicidad Blanc recordó en un libro memorialístico, *Espejo de sombras*, de 1977, los encuentros y algún equívoco que esa coincidencia propició). Manuel Azaña moría en Francia en 1940, tras haber escrito y publicado *La velada en Benicarló*, testamento literario de un escéptico profundo, y un republicano como José Díaz Fernández, que había sido el defensor del nuevo romanticismo, moría también en Francia en 1940. Julián Zugazagoitia había tenido el tiempo justo de terminar sus memorias bajo el título *Historia de la guerra de España*, publicada en 1940 en Buenos Aires (reimpresa en Ruedo Ibérico en 1968 con el título de *Guerra y vicisitudes de los españoles*), antes de caer detenido en Francia y ser entregado por la Gestapo junto a otro periodista, Cruz Salido, y el expresidente de la Generalitat Lluís Companys. También otro detenido, el anarquista Joan Peiró, sería fusilado como los demás.

Pero hay más, siempre son más los exiliados de 1939. Entre los jóvenes, Josep Ferrater Mora, que pasó por Cuba, después Chile, y se quedó en Estados Unidos desde 1948. Todavía más jóvenes fueron algunos muchachos que salieron al exilio con sus padres y desarrollaron su formación o sus estudios universitarios fuera de España con considerable fortuna, desde el gran comparatista Claudio Guillén hasta Juan Marichal (ambos pronto publicados en España), el poeta y profesor Tomás Sego-

via, el editor Joaquín Díez-Canedo (que fundará Joaquín Mortiz, en México), Carlos Blanco Aguinaga o Manuel Durán. No fue raro que estableciesen con el tiempo relaciones de amistad con quienes hicieron el camino inverso, es decir, jóvenes crecidos en la España de la posguerra que optaron por el exilio forzoso (como Manuel Lamana, Jesús López Pacheco o Antonio Ferres) o profesional y voluntario como Juan Goytisolo, Joan Ferraté, Gonzalo Sobejano, Eugenio de Nora o Ignacio Soldevila.

La itinerancia profesoral fue casi siempre laberíntica. María Zambrano no recalaría nunca en Estados Unidos pero su trayecto pasó primero por Cuba, México y Puerto Rico, para volver a Europa (Roma y París) desde 1954 y años después Suiza. Allí vivía José Herrera Petere, y también la novelista Mercè Rodoreda, tras muchos años en Francia, mientras que el poeta Josep Carner o el narrador Pere Calders han vivido en México, aunque Carner se instala muy temprano en Bruselas, donde moría en 1970 mientras Calders regresó a Barcelona en 1964. El pensador y ensayista Juan David García Bacca, que había sido profesor de la Universidad de Barcelona, enseñó durante unos años en Ecuador tras pasar por México y se estabilizó por fin en Venezuela, cuya universidad visitaron numerosos exiliados en los primeros años por temporadas más o menos largas, al igual que sucedería con el Colegio de México, o las universidades de Buenos Aires o Puerto Rico, donde estaba ya Juan Ramón Jiménez desde 1951, tras haber vivido en Cuba y Florida.

A Valparaíso, en Chile, llegó el 3 de septiembre el *Winnipeg*, y ése fue el destino de buena parte de la emigración catalana (Joan Oliver, Francesc Trabal, Xavier Benguerel, Domènec Guansé), mientras la mayoría de los escritores gallegos optaron por Buenos Aires, como Rafael Dieste, Luis Seoane o Alfonso Castelao. Ferrater Mora, Oliver (que regresó a España en 1948) o Benguerel dejaron Chile al poco tiempo, como lo hizo también Domènec Guansé. Tanto Trabal como César August Jordana morirían en Santiago de Chile mientras que otros jóvenes exiliados de veinte años como José Ricardo Morales se integraron más rápidamente a la vida en Chile con un lentísimo reconocimiento en España (como sucedió con otro jovencísimo exiliado en Estados Unidos, Roberto Ruiz). Otro catalán universitario y titánico como Joan Corominas culminó en la Universidad de Chicago (a la que llegó en 1946 tras varios años en Argentina) una primera versión de su *Diccionario etimológico de la lengua castellana e hispánica*.

En Buenos Aires se instalaron políticos republicanos relevantes como Luis Jiménez de Asúa, Claudio Sánchez-Albornoz o Niceto Alcalá Zamora. Y allí estuvo también desde la guerra Ramón Gómez de la Serna, entre repudiado y marginado por el grueso del exilio, colaborador habitual de *Sur* y del entorno de Victoria Ocampo o Jorge Luis Borges hasta que la revista se declaró prorrepblicana durante la guerra. Desaparecieron entonces tanto Ortega —que renuncia a figurar en su consejo editorial— como Gómez de la Serna, pero a cambio siempre mantuvieron colaboración Rafael Alberti, Jorge Guillén o María Zambrano, Américo Castro o Francisco Ayala, Rosa Chacel, Benjamín Jarnés o Ricardo Baeza. Varios de ellos residen en Buenos Aires, como Guillermo de Torre, que será impulsor de diversas empresas intelectuales por entonces y colaborador de muchas otras revistas además de las ediciones de *Sur*, como la revista *Realidad* que fundó Francisco Ayala en Buenos Aires entre 1946 y 1948. Rafael Alberti y María Teresa León, Maruja Mallo o los dramaturgos Jacinto Grau, María de la O Lejárraga y quien había sido su marido antes de la guerra, Gregorio Martínez Sierra, y Alejandro Casona residieron allí muchos años (aunque Casona regresó poco antes de morir, en 1962). En Francia pasó los primeros años de su exilio Corpus Barga hasta que en 1957 se instaló en Lima para dirigir la escuela de periodismo, mientras Juan Chabás muere en 1954 en La Habana como profesor universitario. María Zambrano, Ferrater Mora o el mismo Juan Ramón Jiménez no vivían ya en la isla entonces, aunque residieron en los primeros tiempos de sus exilios (y allí murió, en 1940, Luis Bagaría, uno de los más reputados caricaturistas de la España contemporánea). Tampoco existía ya una revista en la que habían escrito, como la pionera *Nuestra España*, fundada por Álvaro de Albornoz e impresa por Altolaguirre entre 1939 y 1941.

EL LABERINTO DE LA CONTINUIDAD: EDITORIALES Y REVISTAS

Las facilidades que dio México bajo el gobierno de Lázaro Cárdenas a los intelectuales españoles no las dio ningún otro país. Ése fue el destino mayoritario de la emigración intelectual y también el que ha capitalizado de manera más compacta la imagen colectiva del exilio literario. México no restablecería relaciones diplomáticas oficiales con España hasta la muerte de Franco pero sobre todo concibió desde 1937 un organismo de

protección de refugiados que se convertiría enseguida en un centro capital de la vida intelectual española (→ 3). Incluso en alguna medida valió como resurrección del abolido Centro de Estudios Históricos de Madrid (por mucho que en la España del interior se mantuviesen algunas de sus actividades a través de leales discípulos de Ramón Menéndez Pidal como Rafael Lapesa o Alonso Zamora Vicente). Se llamó desde 1938 La Casa de España en México, y fue rebautizada en 1940 como El Colegio de México, siempre bajo la dirección y el aval de Alfonso Reyes, que fue su inventor, y de Daniel Cossío Villegas, estrechamente relacionado también con la editorial que iba a incorporar entre sus colaboradores a un significativo grupo de exiliados, Fondo de Cultura Económica. Fueron asesores y traductores en esa editorial perfiles tan dispares como José Gaos o Wenceslao Roces, el crítico musical Adolfo Salazar o el poeta León Felipe, Max Aub o Ernestina de Champourcín y Juan José Domenchina. Las ediciones de El Colegio de México, cuidadas por Ramón Gaya —otro de los fundadores de *Hora de España*—, fueron eficientes y constantes con quienes figuraban entre sus profesores —y muchos de los nombrados lo serían también de la Universidad Nacional Autónoma de México— como el propio Alfonso Reyes, José Gaos o Eugenio Ímaz, Moreno Villa o Enrique Díez Canedo, y allí nació también en 1947 la *Nueva Revista de Filología Hispánica*. Fueron múltiples los beneficiarios de sus ayudas y becas, y su excelente colección Tezontle se hizo muy temprano ya desde el Fondo de Cultura Económica (cuyo anagrama dibujó el propio Moreno Villa, al parecer).

La participación española en los medios editoriales de América Latina fue potente y duradera, empezando por Losada y Sudamericana, en Buenos Aires, pero también otras como Emecé, cofundada por Luis Seoane (además de la revista *Correo literario*, entre 1943 y 1945). La más breve peripecia de la editorial Pleamar incluyó la colección Mirto dirigida por Alberti, donde aparecieron la *Antología rota*, de León Felipe en 1947, dos años después *Animal de fondo*, de Juan Ramón Jiménez o una antología de poemas de García Lorca hecha por Alberti y Guillermo de Torre. Cruz del Sur fue otra exigente editorial española creada en Chile por Arturo Soria y cuidada gráficamente por un nombre mayor de la tipografía y el diseño editorial de antes de la guerra, Mauricio Amster. La primera editorial de Juan Grijalbo, Atlante, estuvo en México y también acudió al pasado inmediato para editar una antología cuidada por Domenchina sobre la poesía española entre 1900 a 1936, con epílogo de

Enrique Díez-Canedo, pero también la primera edición del *Diccionario de filosofía*, de Ferrater Mora, algún texto de Pere Calders o la autobiografía de Constanza de la Mora, *Doble esplendor* en 1944. El mismo Grijalbo fue el fundador a principios de los años cincuenta de la editorial que lleva su nombre, y con una orientación distinta y militantemente comunista, porque en el interior se leyeron (o difundieron) libros de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética que editaba Grijalbo, como el *Manual de Economía Política*, *El materialismo histórico* de Konstantinov, la correspondencia secreta de Stalin o *La sagrada familia y otros escritos*, de Marx y Engels, varios de ellos en traducciones de Wenceslao Roces o Adolfo Sánchez Vázquez.

Frente a la longevidad y trascendencia de las empresas editoriales, a menudo las revistas literarias o de cultura tuvieron vida más breve y atropellada. Demasiadas veces estuvieron concebidas como enclaves de refugiados que escribían para la diáspora de la derrota. La excepción fundamental fue *Cuadernos Americanos*, fundada en 1942 y dirigida por el economista mexicano Jesús Silva Herzog. Nació de hecho de las dificultades económicas para mantener una publicación anterior como *España peregrina*, de José Bergamín y la editorial Séneca, y con vocación hispano-mexicana, con Juan Larrea como secretario y un consejo asesor repartido equitativamente entre ambas nacionalidades. No estuvo León Felipe, pero sí Pere Bosch Gimpera o Eugenio Ímaz, y ésa fue la base de la revista en la siguiente década (Larrea reside en Perú desde 1949). Hasta mediados de los sesenta, cuando dejó de ser tan habitual la contribución del exilio, fue la más importante y completa revista de cultura del exilio, de acuerdo con la misma lógica universalista y ambiciosa que Alfonso Reyes (reinstalado en 1939 en México tras sus más de veinticinco años de periplo diplomático por Madrid, Buenos Aires y Río de Janeiro) impulsó en la creación de El Colegio de México: atenta a los conflictos sociales y políticos contemporáneos, con secciones destinadas al pensamiento, la creación literaria, la crítica o las actividades del exilio (y de España), sobre todo en los primeros tiempos. Por eso colaboraron allí pensadores como Gaos, García Bacca, Ímaz, Xirau (y su padre Joaquín) y escritores como Max Aub, León Felipe o Guillermo de Torre.

Los memorialistas del exilio y los frecuentes epistolarios ya editados muestran también la cara cotidiana del desgaste y la erosión de las convicciones políticas. Las fricciones engendradas durante la guerra y las distintas posiciones ideológicas entre los republicanos no quedaron neu-

tralizadas por el exilio sino más bien lo contrario. Los circuitos de las relaciones personales y profesionales fueron haciéndose menos permeables a medida que las salidas de futuro se reducían, lo que comportó actitudes cambiantes ante el exilio. La más minoritaria fue la que optó por desligar la propia biografía de las razones políticas que justificaban su exilio, y por eso algunos se sintieron más como transterrados que como refugiados o exiliados. Era un modo de interiorizar la derrota e iniciar el proceso de arraigo en los lugares de destino en lugar de mantener la dependencia sentimental y biográfica en España y su destino histórico. Con el transcurso de los años y la institucionalización del franquismo, acabó siendo la actitud más común, aun cuando muchos exiliados nunca pudieron suturar la herida de la expatriación forzosa. Por eso veremos que tras 1945 dejó de ser unánime el modo de comprender qué hacer con España y las gentes del interior.

La actitud mayoritaria fue combativa y resistente o, si se prefiere, confiada en un derrocamiento de Franco como resultado de la guerra mundial. Y hasta 1946-1947 tanto la provisionalidad como la continuidad fueron leyes mayoritarias de conducta. Por eso el mismo responsable en 1933 de *Cruz y Raya* y Ediciones del Árbol, José Bergamín, volvió a inventarse una editorial, Séneca, y también aparecieron revistas que expresaron el drama de la derrota en el exilio, como *España peregrina* (1940) o *Romance* (1940-1941). La primera pudo editar no más de nueve números, entre febrero y octubre de 1940, con el décimo número listo para imprimir pero que no pudo verse hasta 1977... Dirigieron este mensual en formato cuaderno (como el de la misma *Cruz y Raya*, como el de la *Revista de Occidente* o el de *Sur* en Buenos Aires) y precio asequible, Juan Larrea —autor de la mayoría de los textos anónimos— con el secretario de la Junta de Cultura Española que editaba la revista, Eugenio Ímaz y Josep Carner (que escribió muy poco, apenas una reseña de un libro de Alfonso Reyes de materia española).

España peregrina apenas reservó espacio para la narrativa porque estuvo pensada como revista de poesía y ensayo, incluida la prosa polémica y de combate. Desde el primer momento la desunión política e intelectual del exilio se tradujo en apelaciones firmes e infructuosas a la unidad de acción, como en la sección «Memorias de ultratumba» dedicada a la sátira y crítica de la España de Franco, y allí se reprodujo gozosamente un artículo de Torrente Ballester en la revista falangista *Tajo* que reconocía la superioridad cultural del exilio. Cernuda o Salinas estuvieron en el

catálogo de Séneca, pero sin duda alguna el título legendario de la editorial fue la edición por primera vez en 1940 de los poemas de García Lorca incluidos en *Poeta en Nueva York* (el primer número de *España peregrina* había publicado «Grito hacia Roma»), aunque algunos hubiesen sido ya publicados. Una de las antologías más célebres de la poesía hispánica del siglo xx, *Laurel*, apareció también en Séneca con voluntad de seleccionar a los mejores poetas españoles e hispanoamericanos en más de mil páginas, de acuerdo con el criterio de dos poetas españoles y dos mexicanos de edades distintas: Emilio Prados y Xavier Villaurrutia, de más edad, junto con los más jóvenes Juan Gil-Albert y Octavio Paz.

El formato tabloide de *Romance* sería el de *El Español*, desde 1942, o el de *La estafeta literaria* desde 1944 (y había sido antes el de *La gaceta literaria*). Aparecieron los 24 números quincenales entre 1940 y 1941, confeccionados por algunos de los exiliados del *Sinaia*: Rejano, Herrera Petere, Sánchez Vázquez, Lorenzo Varela, Sánchez Barbudo y el responsable gráfico de la revista, Miguel Prieto. Se difundieron gratuitamente 100.000 ejemplares del primer número pero las solicitudes de suscripción fueron tan escasas que no cubrían ni los gastos. Pese a ello, la voluntad era profesional, porque los miembros de la redacción que no trabajaban ya para la editorial EDIAPSA que la promovía (fundada por Giménez Siles) tenían asignado un modesto estipendio de 200 dólares, revisable tras la buena marcha de la revista, y a pesar de que nunca llegaría a tener autonomía económica suficiente. Su comité de redacción (sin un solo mexicano) mostraba demasiado ostentosamente el marchamo español de una revista que vivía de capital mexicano y en México. Estaba compuesto por el núcleo duro próximo al PCE que había firmado ya la ponencia colectiva del Congreso de los Intelectuales Antifascistas en Valencia (1937): todos los mencionados, excepto Juan Rejano, eran menores de 30 años. Fue el espacio donde casi todo el exilio escribió, tanto si residía en México como si lo hacía en otros lugares de América. Por supuesto sus temas fueron el ataque furioso y razonado a la España de Franco y el sarcasmo contra sus intelectuales, pero se llenó con evocaciones del pasado inmediato derrotado —de Unamuno a Machado o García Lorca— y el pasado ejemplar que ha quedado arruinado en presente, desde Fray Luis o Luis Vives a Goya o Velázquez. Escribieron Moreno Villa y Jarnés, Eugenio Ímaz y Paulino Masip, Emilio Prados o Enrique Díez-Canedo...

La desaparición tanto de *Romance* como de *España peregrina* vino a

significar la integración de los exiliados en otras revistas recién fundadas con su concurso. Pocos pudieron escapar de la atención obsesiva hacia la patria, nunca resignados del todo al destierro ni nunca tan integrados a sus nuevas vidas como para renunciar al regreso. Nunca se borró del todo la tentación, incluso cuando las condiciones de la nueva vida en el exilio fueron netamente favorables. En los primeros años la fobia a la España franquista se compensó con el consuelo de registrar una y otra vez la evidente desertización cultural de España bajo Franco y el empeño de usar una España de memoria, digna y alta, pero viva sólo en el pasado. Hacia mediados de los años cincuenta el autor del balance anónimo de la obra del exilio que publicó el *Boletín de Información* en 1957 (n.º 5, de junio-septiembre) explica que el signo de unidad que caracterizó a *España peregrina* en su fundación fue «pronto resquebrajado» y que «entre todos hicimos su vida imposible» tanto a *España peregrina* como a *Romance*. En *Letras de México* escribieron muchos de ellos, como lo hicieron en otra revista propiamente mexicana como *El hijo pródigo* entre 1943 y 1946. Aunque el único miembro español de la redacción fuese Antonio Sánchez Barbudo, junto a los textos de Villaurrutia u Octavio Paz publicaron allí sus rivalidades Juan Ramón Jiménez y Luis Cernuda, y escribieron Max Aub, Ramón Gaya y Gil-Albert, Díez-Canedo o García Bacca, Eduardo Nicol, Moreno Villa o Altolaguirre.

La concepción empresarial y cultural que desplegaron unos cuantos personajes en la inmediata salida del exilio creó una red compleja de lazos intelectuales entre exiliados en distintos países y pronto también en relación con la España del interior. La continuidad fue la evidencia más rotunda de la cultura del exilio y esa continuidad regresó a la península en gran medida gracias a ellos, aunque hubiese de ser en forma clandestina o a través sólo de unos pocos nombres mayores que pasaron a ser referentes del futuro inmediato (Juan Ramón, Cernuda, Salinas, Guillén, Max Aub, Chacel o Ayala). Gonzalo Losada no era un exiliado, sino un español que residía en Argentina desde antes de la guerra como directivo de Espasa Calpe, pero la guerra le impulsó a desvincularse de la empresa madre. Acababa de fundar la colección Austral para Espasa pero las discrepancias políticas le animaron a fundar su propia editorial, Losada, junto con Guillermo de Torre y otros exiliados como el pedagogo Lorenzo Luzuriaga, o el dominicano Pedro Henríquez Ureña. Rafael Alberti contrató enseguida *Entre el clavel y la espada* y una antología lírica, casi recién bajado del buque *Mendoza* procedente de Marsella en marzo de 1940.